

LA HERRERIA DE SANTA CLARA

ANTXON AGUIRRE SORONDO

En El Diario Vasco del 11 de abril de 1984 apareció, en sus páginas de Rentería, un artículo donde se daba cuenta de la ocupación, por parte de un grupo de jóvenes, del edificio construido en un principio para museo de herraje y aperos de labranza en la calle Tomás López de la villa papelera; con este gesto, los jóvenes renterianos quisieron llamar la atención del Ayuntamiento sobre la necesidad de una Casa de la Juventud donde poder desarrollar sus inquietudes y participar en la vida cultural de Rentería.

Terminaba el artículo diciendo: *"La Corporación está a la espera de recibir subvención de la Diputación Foral para acondicionar la 'Herrería' como museo, mientras tanto el Ayuntamiento les acondicionará el edificio para en precario poderlo utilizar por los jóvenes. Los jóvenes consideran con esto un paso en firme y no dejarán que se olviden de sus promesas de habilitarles un nuevo local que reúna las condiciones mínimas imprescindibles para sus actividades juveniles"*.

Ya un año antes, el 3 de marzo de 1983, se había tirado la vieja herrería de Santa Clara.

De nuestras indagaciones sobre la edificación original de la Herrería de Santa Clara, obtuvimos un documento del año 1544 conservado en el Archivo Municipal, donde se da cuenta de la erección de un chamizo desmontable que parece responder a las características de aquella:

"En la villa de Renteia a veynte e dos dias del mes de octubre de myll e quinientos e quarenta e quatro años ante los señores del regimiento y estando en el los señores capitán myn. de yriçar e onofre de ysasti alcaldes hordianrio e myn. de la rentera e joanes de olaçabal jurados mayores e myn. perez de goyçqueta e juan gomez de picardia regidores, parecio presente myn. de liçarca herrero vecino de la dicha villa e dixo a sus mercedes que el tenya necesidad de hazer una sylla (se refiere al potro o "perratoki") delante de su casa no ocupando del camino, para herrar caballos o otras bestias y en ello seria servydo el dicho concejo pidio a sus mercedes le diesen licencia para ello e que cada e cuando que le fuese mandado por el concejo de la dicha villa el la qytaria e luego sus mercedes dixeron q. le daban y le dieron dicha licencia para hazer la dicha cubierta de manera que no faga estorbo ny ynpeda al dicho camino publico e con que se oblique de qytar cada e cuando que le fuere mandado por el dicho concejo e que el dicho concejo pueda mandar qytar a costa del dicho myn. cada vez que quisiere y el dicho myn. dixo que aceptaba la dicha licencia con la dicha condicion e se oblige de hazer e cumplir lo que suso se contiene e para ello dio poder a las justicias con renunnciacion de su fuero e leyes en uno con la ley e reglas de q. diz. general relacion de leyes que home faga no vala, a lo qual fueron presentes por testigos myn. de (en blanco) escribano e pedro de sableo, vecinos de la dicha villa e el dicho myn. de liçarça herrero lo firmo de su

nombre" (Archivo Municipal de Rentería. Libro 1.º pág. 180).

Para conocer como era en aquellos tiempos el lugar de emplazamiento de la herrería, recurriremos a un documento fechado el 23 de mayo de 1617, donde el vecino de Rentería Martín Sarasola, con 55 años por entonces, declara:

"Al costado de la ermita por su eminencia o altura le hizo entrar al demandante con su carro de bueyes por la parte de dicha ermita en dicha acequia y sacar desde ella (la porquería, piedras y barro de la acequia) por entre dicha ermita y un puente de piedra grande que allí ay, que es paraje en que laban las jentes de aquel varrio la ropa de sus coladas".

Es decir, que la ermita de Santa Clara estaba junto a la herrería y la casa de la "serora"; por debajo pasaba el río, junto a "un gran puente de piedra", y detrás la acequia que bajaba hasta el molino de Bengo-errotta y que más tarde se acondicionaría como fábrica de productos textiles (aún quedan restos de aquel canal que testimonian su pasado).

Pero sepamos ahora un poco más sobre la Herrería de Santa Clara. El último "perratzaile" que trabajó (hasta su demolición) en esa herrería fue Mikel Aristizábal Dorronsoro (nacido el 6/II/1950), quien aprendió el oficio de su padre, su antecesor al frente del negocio, José María Aristizábal Ezkurra (1909-1974), que a su vez lo aprendió con José Recalde, alias "Garro", de Oiartzun.

Poseía la herrería, además del potro o "perratoki", la "sutegi" o fragua con su correspondiente "aska" (depósito de agua), un "txingia" o yunque, sobre la "maia" (mesa) un "tornillua" (tornillo de mano) además del "taladrua" (gran taladro de accionamiento manual). Aneja a la herrería había una cudra para resguardar a los animales propios o los que esperaban para ser herrados.

Antiguamente se construían ellos mismos las herraduras, las cuales en los últimos años se compraban fuera ya terminadas. El trabajo del herrador consistía en introducir el ganado (vacuno) en el potro o "perratoki". Se le colocaba en la parte inferior dos "txintxak" (cinchas de cuero) y por medio de un torno se elevaba al animal. Después de atar las patas en unos maderos destinados al efecto —denominados "aurreko-ankatokie" y "atxeko-ankatokie"—, se sujeta la cabeza con unas cadenas o "buruko-katea". Una vez inmovilizado el animal se inicia el trabajo.

En primer lugar, con un saco o "sakue", han de limpiarse bien las patas, para a continuación romper los clavos viejos con ayuda de un machete o "kutxilla", y quitar clavos y herraduras con las "tenazak". Se iguala el casco cepillándolo con el pujavante o "putxamenta". Es entonces cuando se aprecia si presenta o no el animal alguna herida interna en el casco. En caso positivo ha de abrirse la herida con la "kutxilla", y tras la limpieza y desinfección con agua oxigenada o algún otro pro-



Mikel Aristizábal Dorronsoro, poniendo una de las últimas herraduras antes de abandonar el oficio.

ducto al uso —como Veteril Fenicol u otro— se cura completamente la infección. Se coloca luego un poco de guata limpia y se pone la nueva herradura o "perra" con los oportunos clavos o "iltziak".

Por fin, antes de dar por terminado el trabajo, de nuevo con la cuchilla se retoca retirando todo el casco que sobre.

Este trabajo lo hacía Mikel en 1982 por ochocientas pesetas (800 pts.) incluyendo el herraje de las ocho piezas nuevas, dos por cada pata. Sólo así se comprende la nula rentabilidad del oficio, que ha llevado a su práctica extinción.

Hasta aquí de forma somera, cómo se realizaba el trabajo



La desaparecida Herrería de Santa Clara de Rentería.

del "perratzaile". Podríamos tratar mucho más a fondo de otros aspectos, tales como las cuotas que pagaban al Ministerio de Industria como licencia fiscal, las que abonaban a los veterinarios para poder herrar en cada localidad, y otros muchos aspectos del mundo peculiar de los "perratzailek", pero con todo ello nos alargaríamos más allá de nuestras posibilidades de espacio.

Sirvan, pues, estas líneas como pequeño homenaje a estos artesanos a los que tan injustamente hemos olvidado. Ojalá esas intenciones que no hace tanto se tenían de abrir un Museo de la Herrería y el Herraje —primero que existiría en toda Euskal Herria— se lleven más temprano que tarde a cabo. Las generaciones futuras lo agradecerían.